

EL SALVADOR, UNA NACIÓN, MUCHAS NARRATIVAS

CONTRAPUNTO Y FUGA DE LA PATRIA CHICA

Pensar la nación es detenerse a escuchar. En El Salvador escuchar significa comprender una nación en fuga. Nación en la que la violencia es ya desde 1800 una forma habitual de hacer política. Nación en la que la migración la marca un nuevo nosotros. Nación reinventada por los medios con fragmentos religiosos, musicales y de incierto pasado honorífico. En las narrativas del migrante hay una crónica colectiva hecha música y un silencio sobresaliente sobre las mujeres. Y de-vuelta a la nación actual se llega a la más peligrosa del mundo. Y los salvadoreños terminan por definirse como la república de la muerte. ¿Y cómo le hacemos a una nación con discursos tan frágiles? Pues le queda la posibilidad del arte y la risa. La propuesta es pasar de los relatos históricos a los relatos irónicos y sus múltiples narrativas de esta nación en fuga.

Amparo MARROQUÍN PARDUCCI*

Filo.aletheia@gmail.com

Maestra en Comunicación por el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) en Guadalajara, México. Profesora e investigadora de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas en El Salvador. Actualmente, coordina el proyecto de investigación y difusión sobre Desarrollo Humano y Migraciones.

** Este trabajo está dedicado al abuelo Alejandro, que me dejó de herencia en la memoria algo más que sus cuentos.*

La provincia de Guatemala será lo que debe ser: un Gigante en lo político como es grande en lo físico. Guatemala es parte de este hermoso y dilatado continente. Es su bello central. Es su porción más distinguida.

José Cecilio del Valle. 1821

1. La propuesta de este texto

Pensar la nación en Centroamérica es, como en tantos lugares, detenerse a escuchar. Las voces son muchas. Cada voz produce una historia sobre quiénes somos y de dónde venimos. Cada quién dice y canta, desgrana las cuentas en un rosario de imágenes y sucesos, sentimientos y sentidos. Decir nación en Centroamérica es pensar un apretado pedazo de tierra, un recorrido de lugares comunes, de sucesos contradictorios. Decir nación es estallar por muchas partes, porque no se cabe en la nación, porque muchas historias, y discursos, y símbolos dejaron de lado a buena parte de la población.

Reflexionar la nación se vuelve urgente en la Centroamérica actual. Aquí donde Guatemala cuestiona la legitimidad de un presidente y se divide, ante un mandatario acusado como asesino desde un video dejado por la víctima y difundido por los medios. En una Honduras partida en dos, donde un golpe de estado se justifica hablando de una defensa de su soberanía nacional y esgrimiendo pancartas de “aquí no es Nicaragua, Cuba, Venezuela, *aquí es Honduras*”. Hablar de nación es fundamental, cuando en la reciente campaña política en un El Salvador polarizado entre dos fuerzas, la derecha incluyó en su campaña el eslogan “yo no entrego El Salvador”, que se sumó al viejo y conocido estribillo de su marcha partidaria de “Patria sí, comunismo no”. En una Nicaragua donde Daniel Ortega vacía de sentido la revolución sandinista después de pactar con el partido liberal y construye la narrativa de un “gobierno de reconciliación y unidad *nacional*”. En una Costa Rica que sigue pensando que la violencia nace de los nicaragüenses y colombianos que han “invadido la nación” y que ha tenido que crear asociaciones como la de “Ticos y nicas somos hermanos¹” para sorprenderse de las muchas cosas comunes que existen entre *ellos* y *aquellos* de los que han intentado diferenciarse.

Antes de llegar a ser un grupo de países separados, Centroamérica se pensó una sola nación, privilegiada por su territorio y su clima. El historiador Víctor Hugo



¹ <http://www.ticosynicas.org/>

Acuña ha trabajado cómo, en el año en que se proclamó la independencia de España y se creó la Federación Centroamericana, el estadista José Cecilio del Valle, al mejor estilo de Herder (1791), elaboró el territorio y su ubicación como el privilegio de Centroamérica: “en pocas semanas puede comunicar con las dos Américas, con la Europa, con el África y con el Asia. Su posición geográfica la llama a ser agricultora y marina: a tener las riquezas que da la una y las relaciones que facilita la otra”. Primero fue la Federación, luego un fugaz intento de anexión a México y, posteriormente, los liberales intentaron construir la primera gran narrativa.

Al reflexionar sobre la nación, la estructura de la fuga musical venía una y otra vez a mi cabeza. La fuga es, de acuerdo a muchos expertos, el contrapunto más acabado. Una melodía o tema inicial llamada exposición será el *motivo* de base. Todas las demás voces imitan el tema y construyen sus propias variaciones hasta llegar a un *episodio*, una sección más bien libre, que deriva su exposición de los motivos del tema o incluso de un contratema. Su nombre viene del latín *huida*, e indica la manera como “las voces huyen unas de otras” (Sandved, 1962, 991). Como estructura musical no tiene clausura, conclusión lógica del tema. Por ello los compositores solían cerrar estas composiciones con un acorde repentino, o prolongarla más de lo que daba de sí el tema, como sucede muchas veces con los discursos de nación. Prescindiendo de la elegancia del clavecín, he intentado construir este texto desde esas narrativas que se han contado y cantado. La voz que construye el *motivo* principal y muchas y nuevas voces y silencios que conforman esas matrices, narrativas y agendas de las que estamos hechos hoy los centroamericanos, los salvadoreños.

La fuga también recoge ese otro sentido literal: nuestro país se ha escapado de los límites tradicionales y estalla en ese doble proceso que implica la migración y la violencia transnacional del narcotráfico y las pandillas. Los jóvenes son actores y protagonistas de estos acontecimientos. Siete de cada diez quieren irse. Muchos otros, en cambio, no conocen más territorio que el barrio, ni más solidaridad que la que viven en la clica desde ese otro mundo transnacional que es la pandilla. Una cuarta parte de los salvadoreños ya no viven del lado de acá, en estas fronteras. Hacen país desde allá, en Milán, Calgary y Washington, Melbourne, Barcelona y Oslo. Los corridos de los Tigres del Norte nos dicen que somos tres veces mojados. El país se fuga y se reinventa desde cada frontera, a cuentagotas. En el silencio de la madrugada cruza ríos este país que no cabe, mientras se trafican dolores y sueños en una mochila. Este texto nace de la pregunta sobre cómo estas voces, que contrapuntean armonías y desarmonías, interpelan el mundo de la comunicación/cultura en Centroamérica.

2. Exposición (primer motivo): La nación soñada. El proyecto liberal

Que un proyecto de construcción de identidad nacional sea exitoso, también significa el éxito de que sujetos desiguales, con vidas y oportunidades desiguales se imaginen como iguales.

Alexander Jiménez, 2008

Los historiadores señalan los inicios del siglo XIX como el momento de configuración de las actuales identidades de la región². En Centroamérica, una rápida divulgación del liberalismo contribuyó a las discusiones previas a la proclama de la independencia de España³ (los movimientos revolucionarios se dieron de 1811 a 1821). El sociólogo salvadoreño Alejandro Marroquín señala que “el acta de independencia, redactada por José Cecilio del Valle, sabio personaje aristocratizante, enemigo de los cambios bruscos, refleja en parte el espíritu moderado del autor –contrario a una declaración inmediata de independencia-” (1964, 82). En efecto, el acta dirá que se manda publicar y se proclama la independencia del gobierno español “para prevenir las consecuencias que serían terribles, en el caso de que la proclamase de hecho el mismo pueblo”. De este temor de los sectores dominantes a la oscura violencia de las masas surgió la República Federal de Centroamérica (1823-1839), un experimento que no llegó a consolidarse y terminó en un largo proceso de violencia y guerras internas que se prolongó por veinte años.

Entre otros historiadores, los costarricenses Alexander Jiménez (2008) y Víctor Hugo Acuña (1992-1993) han señalado que en Centroamérica la primera etapa puede identificarse desde lo que Hobsbawm ha denominado los estados “protonacionales” es la conformación y el fortalecimiento del poder estatal por parte de las élites, para luego ocuparse de los procesos simbólicos, es decir, la cuestión es en primera instancia política para luego ser cultural.

² El reino de Guatemala comprendía durante la colonia a Chiapas, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

³ Alejandro Marroquín señala que “naturalmente había inconsecuencias en esa impetuosa adhesión al liberalismo: muchos criollos que hablaban exaltadamente de la soberanía popular, de los derechos del hombre, sentían repugnancia y desdén hacia “la plebe”, negaban capacidad de acción política al pueblo y conservaban gran parte de la ideología feudal” (1964, 51), en sus estudios, Marroquín mostrará cómo los criollos y parte del clero construyeron un pensamiento liberal al que no tardaron en acogerse los mestizos, quienes elaboraron con fuerza un “bagaje político doctrinario” nutrido de leyendas y narraciones que circulaban de boca en boca: “las gloriosas hazañas falsas o verídicas -pero exageradas siempre por la fantasía popular- de un Bolívar o de un Hidalgo y muy particularmente del *Santo Padre Morelos* (como llamaban en San Salvador al paladín mexicano) provocaban su máximo entusiasmo” (1964, 63).

El Salvador se declaró una república independiente de la Federación en 1856, sin embargo, hay un elemento que me interesa destacar: un cierto discurso escindido que permanece y que, por un lado proclamaba la Federación como el ideal de “la patria grande”, pero que al mismo tiempo entraba en serios enfrentamientos con el resto de estados. El investigador Miguel Huezo Mixco ha insistido que El Salvador, en su proceso de construcción nacional, ha mirado hacia Estados Unidos quizá de manera más constante y significativa que el resto de la región. Baste para ilustrar la siguiente anécdota. Cuando la Capitanía General de Guatemala se unió en 1823 al Primer Imperio Mexicano de Iturbide, dos municipios de El Salvador se opusieron a dicha anexión: “las autoridades mexicanas, con el apoyo de tropas guatemaltecas, se dirigieron a San Salvador. En un hecho de significación simbólica, la estrategia de los salvadoreños para poner freno a la ofensiva mexicana incluyó el envío de dos de sus mejores cuadros en una misión a Washington para negociar que la región de El Salvador pasara a formar parte de los Estados Unidos” (Huezo Mixco, 2007, 21-22). En un doble movimiento, las élites salvadoreñas se distancian de México y buscan una complicidad con Estados Unidos que se vuelve una presencia fuerte en el imaginario local. La bandera nacional adoptada entre 1864 y 1912 será muy similar a la de los estadounidenses, con la diferencia que los colores estarán invertidos: el fondo con estrellas es rojo y las franjas son azules.

No me detendré en los detalles de este período, solo quiero destacar algunas notas fundamentales que configuraron ese primer discurso nacionalista, muy similar a otros discursos de América Latina. En la región también se lleva a cabo la invención de la patria: himnos, banderas, efemérides, héroes, estatuas, historia nacional, educación nacional y surgimiento de una cultura nacional “burguesa”, literatura, artes plásticas, etc. Este proyecto, señala Víctor Hugo Acuña, es exitoso sobre todo en Costa Rica y El Salvador, en este proceso “es muy conveniente para inventar la *nación nacional* tener la posibilidad de invisibilizar en forma eficaz en la coyuntura crítica de la invención nacional al indio y al negro” (comunicación personal, 3 de julio de 2009), y son estos dos países los que logran establecer su discurso más fuerte desde la nación mestiza. Con todo es importante señalar que la esfera letrada es siempre compleja y en muchos momentos ambivalente. Es al mismo tiempo instrumento del control civilizatorio dominante y resistencia, contestación.

En toda la región de Centroamérica, pero sobre todo en los dos países señalados, el discurso nacional es de y para ladinos y mestizos, con exclusión de los indígenas. La nación se construye como una continuación de la lógica colonial, se somete la diversidad a la lógica del capital. Desde ahí, las clases populares urbanas, los grupos de obreros y artesanos son los primeros receptores del discurso nacional. Para reforzar este proyecto, varios estudiosos señalan cómo las clases dirigentes recurrirán a la creación de una institución poderosa: el ejército como estamento de control del territorio que rompe con la lógica comunal de las tierras indígenas y refuerza la propuesta de ordenamiento a partir del mestizaje. Es lo que sucede en muchos

proyectos disciplinarios periféricos, donde la violencia no es totalmente internalizada y se administra nacionalmente desde un aparato de terror, como lo muestra Miguel Ángel Asturias en su novela *El señor presidente*. En Centroamérica, la religión cívica va de la mano de esta violencia está dirigida sobre todo al campesinado y enfocada en seducir a los más jóvenes, a provocar su adhesión al discurso para que sirvan como peones en los campos de batalla⁴. La guerra, en este momento, es una forma habitual de hacer política.

El discurso de los intelectuales salvadoreños insistió en el ideal de una nación blanca, alejada por fin de la herencia salvaje que los indígenas “imponían”. Hacia 1883, uno de los más destacados académicos, David J. Guzmán, sostuvo que al indígena había que sacarlo de la apatía instruyéndolo “y si es posible haciéndolo desaparecer gradualmente de la masa de la civilización actual” (Guzmán en López Bernal, 2007, 81). La propuesta fue el mestizaje y la creación de leyes que facilitaran la llegada de europeos dispuestos a “blanquear” las razas. Bajo la influencia del darwinismo social, la ley de extranjería de 1921 señala a los “turcos” (palestinos) entre los extranjeros “perniciosos” y prohíbe la entrada al país de originarios de China, Mongolia, Malasia, así como de negros y gitanos (Escalante en Huevo Mixco, 2009, 26).

Sin embargo, para la construcción del discurso nacional más romántico, algunos literatos y académicos optaron por rescatar al indio (prehispánico) como símbolo de lo nacional, eso sí, sin incluir al indígena (contemporáneo) en la nación. Muy influidos por el indigenismo de la revolución mexicana, “buscaron en los arcanos del pasado indio las bases intelectuales para desarrollar nuestra conciencia nacional; se idealizó entonces el pasado indígena; se mitificaron ciertos héroes como el llamado Atlacatl el joven, y se enaltecieron los valores prehispánicos” (Marroquín, 1975, 766). Se construye desde ahí una visión del folklore nacional y de la cultura vernácula.

Como resultado de esta discriminación constante en la vida cotidiana y en el discurso nacional, las protestas de la población, luego de un golpe de estado, culminaron en un levantamiento indígena y campesino en 1932 que fue a su vez violentamente reprimido. La interpretación de estos hechos se encuentra en la base de la discusión sobre la nación salvadoreña. Los estudios más recientes han mostrado que el problema étnico y la división entre ladinos e indígenas pesó en la violenta protesta (Ching, Lindo, Lara, 2007; López Bernal, 2007)

En el imaginario social de la izquierda y la derecha política, lo que sucedió fue un levantamiento comunista. Durante los largos años que preceden la guerra y los

⁴ Es una violencia muy preformativa y seductora, desde propuestas como las bandas de paz, que son en realidad bandas con todos los componentes militares, y que se multiplicaron de manera rápida en muchos espacios dirigidos a jóvenes.

doce años de conflicto armado, la izquierda construirá el levantamiento de 1932 como el origen de la lucha revolucionaria y se apoyará en la elaboración narrativa de héroes como Farabundo Martí y Miguel Mánmol. Para la derecha, 1932 simbolizará el primer acontecimiento que presagia una nación que “será la tumba donde los rojos terminarán”⁵ y buscará sus héroes en los civiles y militares que detuvieron la rebelión. Como ha sucedido en otros países de América Latina, el discurso nacionalista de la derecha tuvo, desde el estado, una construcción más constante de símbolos, una interpretación de la historia salvadoreña transmitida desde las instituciones educativas formales y un reforzamiento de su propuesta desde el discurso religioso.

Ya entrado el siglo XX, como contrapunto de este discurso, una serie de *construcciones-otras* circularon “desde abajo”. Movimientos sociales de campesinos, estudiantes e intelectuales, obreros urbanos, comunidades eclesiales de base fueron cuestionando y multiplicando los interrogantes sobre la manera como se había construido esa nación.

Una de estas voces, la del arzobispo Óscar Romero, se posicionó como un referente que visibilizaba muchas y múltiples exclusiones, “Queremos ser la voz de los que no tienen voz para gritar contra tanto atropello de los derechos humanos. Que se haga justicia, que no queden tantos crímenes manchando a la patria (). Que se conozca quiénes son los criminales y que se dé justa indemnización a las familias que quedan desamparadas” (Homilía del 28 de agosto de 1977). El surgimiento de Romero como un *visibilizador* de los *sin voz* puso mucho más en evidencia la polarización social que ya se reflejaba en las paredes del país, en pintas nacionalistas como las de “Haga patria, mate un cura”, que aparecieron en esos años en distintos puntos del territorio. En abril de 1978 el periódico *La Opinión* publicaba una nota titulada “Harán exorcismo a Monseñor Romero, piden por la salvación de su alma. Mentas diabólicas dirigen a Monseñor que se encuentra poseído del espíritu del mal”. El 24 de marzo de 1980, Romero fue asesinado. Poco a poco la figura del arzobispo será asumida como un símbolo para la izquierda salvadoreña⁶, con todo, muchos otros sectores mantendrán sus propias aproximaciones con la vida y las palabras de este salvadoreño, la figura de Romero sigue siendo controversial y prueba de la polarización de una nación que no tiene *una* sola narrativa.

Si la guerra inició como una reacción a las estructuras injustas, el fin del conflicto armado no llevó a cerrar los procesos de exclusión. Después de casi setenta mil muertos y miles de desplazados dentro y fuera del territorio, la sociedad salvadoreña

⁵ Frase de la marcha del partido Alianza Republicana Nacionalista (Arena) que estuvo en el poder desde 1989 hasta 2009.

⁶ Mauricio Funes, primer presidente salvadoreño de izquierda, visitó la tumba de Romero el 1 de junio de 2009 unas horas antes de su toma de posesión e insistió en que su gobierno tendría como hoja de ruta y como inspiración, las palabras y la vida del arzobispo.

se encontró a sí misma dividida y militarizada. Después de la firma de los Acuerdos de Chapultepec se lanzó un llamado a trabajar la cultura de paz (Huezo Mixco, 2009). El fracaso de esta propuesta, y la instauración de una globalización comercial (con los Tratados de Libre Comercio) que permitía el libre tránsito de productos y restringía la movilidad humana ahondaron los problemas.

En este escenario, nuevas voces y actores surgieron. Dos voces son las que me interesa rescatar, voces que construyen sus propios motivos, a pesar de los intentos de silenciar e invisibilizar sus historias. Historias que por otro lado, hacen estallar de manera evidente el sentido tradicional y moderno de la nación desde sus vivencias. Vivencias que, como diría Homi Bhabha, se encuentran “entre la lengua de la ley y el habla del pueblo” (1990, 213).

3. Segundo motivo: la nación en fuga. La migración

La localidad de la cultura nacional no es ni unificada ni unitaria en relación consigo misma, ni debe ser vista simplemente como “otra” en relación con lo que está afuera o más allá de ella. La frontera tiene rostro de Jano y el problema del adentro/afuera debe siempre ser en sí mismo un proceso de hibridación.

Homi Bhabha (1990)

En muchos momentos los estudios sobre la nación se han enfocado en entender lo que implican las reivindicaciones viejas o nuevas de supremacía cultural. Algo distinto sucede en sociedades como la salvadoreña, donde las narrativas nacionalistas se han construido de manera frágil y ambivalente. Como Jano, un rostro mira hacia dentro y el otro hacia fuera. Ya se ha señalado que las identidades no son convicciones colectivas articuladas de manera compleja, sino, procesos subjetivos, puntos transitorios de estabilización. Pocos procesos muestran esto de manera tan evidente como las identidades y las narrativas de nación que se construyen a partir de la migración.

La historia de movilidad en El Salvador no es reciente y sin embargo las ciencias sociales decidieron en un inicio no prestar mucha atención al fenómeno. Se pensaba como algo pasajero, producto sobre todo de la guerra. La llegada de los acuerdos de paz estabilizaría la región y las personas no buscarían salir. Sin embargo, los procesos de globalización y exclusión económica reciente han agudizado la fuga⁷.

⁷ Los datos iniciales del último censo muestran incluso un decrecimiento de la población.

En 2005, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo publicó un informe en el cual señaló que las políticas económicas del país estaban “diagnosticando un país que ya no existe” (PNUD, 2005). Con esta afirmación, los expertos señalaron que El Salvador había dejado de ser un país definido por un territorio de veinte mil kilómetros cuadrados, para empezar a ser un país definido por sus siete millones de habitantes, de los cuales, dos millones se encontraban fuera. Desde esta reflexión, el PNUD visibilizó un argumento en la reflexión sobre la nación, que pasó por lo que Derrida ha descrito como “el exceso irreductible de lo sintáctico sobre lo semántico” (en Bhaba, 1990, 215) e insistió en la necesidad de discutir sobre la conformación de *un nuevo nosotros*.

Los grandes medios masivos salvadoreños han sido constructores constantes de estas nuevas narrativas de reinención de lo nacional. Han aportado imágenes, como la de Departamento 15⁸ que desterritorializa el concepto de nación o han recurrido a otras más bien religiosas: la *tierra prometida* (Estados Unidos) hacia la cual enfilan los sueños de las y los salvadoreños, en un *éxodo* que lleva ya varias décadas.

Si bien la nación se constituyó bajo la impronta de un discurso liberal, el peso de los símbolos religiosos es muy fuerte y ha marcado la construcción del imaginario de *nación salvadoreña*. La migración también ha sido abordada por la prensa desde una visión providencialista, donde lo que sucede al país y a los salvadoreños es algo “que dios así ha querido”. Como ejemplo, el Diario CoLatino desarrolló hace algunos años la historia: “Insólito: liberan a salvadoreños ilegales”. En el desarrollo de la noticia se relata cómo, tras una persecución, la policía capturó a diez salvadoreños. Fueron remitidos a las autoridades de migración para su deportación, sin embargo, los policías tenían tanto trabajo que terminaron dejando a los detenidos en libertad. “Los salvadoreños arrestados pudieron seguir su camino... Qué suerte... tenían que ser salvadoreños... Dios estaba con ellos” (CoLatino, 6 de diciembre de 2004). El elemento religioso presente en la cultura popular, ha sido reforzado por este tipo de tratamiento periodístico.

Aunque muchos periodistas y editores enrumben sus esfuerzos de cobertura noticiosa tras el eterno ideal de la objetividad, es posible afinar la mirada sobre sus narrativas, y encontrar las agendas que desde estas instituciones se han construido en los últimos años y sus repercusiones sobre el discurso de lo nacional.

Con todo, homogenizar el tratamiento de los medios es caer en la trampa moderna del discurso nacionalista. En el periodismo salvadoreño hay muchas voces y es,

⁸ Esta sección en el matutino La Prensa Gráfica inició en 2000 y hace referencia a que, además de los catorce departamentos que conforman el territorio nacional, existe un departamento más, que se encuentra en todos los lugares donde hay salvadoreños.

además, muchos ámbitos. Desde las pequeñas radios comunitarias de las localidades que se enlazan con Washington para narrar los partidos de fútbol y comentar la celebración de las fiestas patronales. La televisión que prepara un reportaje sobre los peligros del viaje. La radio más importante del oriente del país que detiene su programación habitual para informar que en esos momentos muchos *compatriotas* salen junto con el coyote y desear que todo vaya bien en ese viaje. O la prensa escrita construye secciones para enviar mensajes a los que están lejos. Y mientras, los blogs y las páginas de nuevas asociaciones de residentes en el exterior se multiplican. Los medios nos construyen los nuevos mapas imaginarios de la nación en fuga.

Para afinar un poco más, el discurso de los medios se ha movido en los últimos años en el entre-medio de un péndulo con dos caras: por un lado, se encuentran numerosas narrativas que hablan de cómo al migrar es posible encontrar el éxito y obtener una ciudadanía de primera, por el otro, se condena la migración porque hace perder la identidad y trae al país a los peligrosos “*mareros*” que han aprendido la violencia en Estados Unidos. La migración lleva a reconsiderar las relaciones centro-periferia, haciendo estallar de manera mucho más evidente los muchos centros que se constituyen.

Son muchos los relatos en los que los titulares nos cuentan historias de personas que pasaron “de mojado a empresario”, de emprendedoras y viajeros que gracias a la economía de las remesas y el trabajo duro han conseguido el éxito. A estos migrantes, la prensa suele denominarlos *compatriotas* en una clara alusión a esa nación común que se comparte. De esta manera asistimos a la creación de una nueva poética, a la construcción de un nuevo héroe.

La clase dirigente del país, a lo largo de los veinte años de gobierno de Arena incorporó a este imaginario un monumento concreto. El monumento del “hermano lejano” se construyó en el momento en que los niveles de remesas se volvieron el soporte fundamental de la economía. Se puede leer ahí una preocupación “nacionalista” por incluir a los migrantes como parte de la narrativa sobre la nación.

La historia de la construcción del monumento estuvo rodeada de mucha polémica, al igual que su nombre, debido a las protestas de muchos migrantes que insistieron en que ellos, si bien estaban lejos territorialmente, no eran “lejanos”. En 2002, un concurso en el matutino La Prensa Gráfica llevado a cabo a través de Internet recibió las distintas propuestas de nombres. Ahí se reflejaron los sentimientos que provoca esta realidad, las sugerencias iban desde “Monumento al guanaco digno y ferviente” hasta “Hermanos, volveremos” (ver recuadro 1). El nombre ganador fue “Hermano, Bienvenido a Casa”, propuesto por la salvadoreña Eva María Silver, radicada en Miami, Florida. Como premio, Silver recibió mil dólares en mayo de 2003. Un mes después, creó la Fundación Salvadoreña Hermano Bienvenido a Casa (Fundacasa), una organización sin fines de lucro que se interesó, desde un principio, por la remodelación del monumento. El periodista Francisco Hernández comentó ese

año que “Orgullosa de la gestión, (Silver) promete ya una pantalla gigante valuada en un millón de dólares igual a la de Times Square, en Nueva York” (Cáceres, 2003). Este proyecto no se llevó a cabo.

Recuadro 1

Propuestas de los salvadoreños sobre nombres para el Monumento a los salvadoreños emigrantes

“Al padre, la madre, el hijo, el hermano, el amigo... gracias por sacrificarte”.
Mario D. Valle, Brentwood, Nueva York.

“Monumento al recuerdo de los que un día nos dejaron para nuestra supervivencia”.
Edén Sánchez, Quezaltepeque, La Libertad.

“Salvadoreños en el exterior: peregrinos del amor.”
José Antonio Ayala Molina, San Salvador.

“Propongo la siguiente frase que hace palpar más fuerte el corazón y se mojan los ojos: ‘Hermano, bienvenido a tu tierra’.”
Miguel Ángel Musun Chamul, Los Ángeles, California.

“Monumento al hermano alejado.”
Ana Ábrego, Canadá.

“Soy salvadoreño, vivo en Canadá. Salí por la guerra hace 20 años y para mí tiene más sentido llamarle Monumento a la raza salvadoreña.”

“Mi propuesta es: Tierra de encuentro.”
Flor María Ramírez Mejía, México D.F.

“Yo propongo de que se le dé el nombre de: ‘Monumento a hermanos generadores de divisas para El Salvador en el extranjero.’”
José Adalberto López, Waterloo, Ontario, Canadá.

“Monumento el corazón de nuestros hermanos.”
Carlos Antonio Deras, Suecia.

“Tuve que emigrar con mis padres desde muy pequeña y he visto cómo ellos han trabajado para ayudar con otros compatriotas a reunir fondos para los momentos difíciles que tuvo que vivir El Salvador. Por eso pienso que se podría llamar ‘Monumento al compatriota solidario’.
Marcela N., Sydney, Australia.

“Hermandad salvadoreña.”
Felipe Aníbal Recinos M., California.

“Me gustaría que le cambiaran el nombre al monumento del hermano lejano por el de: ‘Mi El Salvador querido, desde la distancia te quiero igual que ayer’.
Marta Julia López Padilla, Estados Unidos.

“Después de vivir 18 años en Canadá, me di cuenta de que es necesario ser valiente para luchar contra toda adversidad que debe sufrir el salvadoreño, desde discriminación, hambre, desprecio, explotación y aún así seguir adelante, seguir mandando la remesa familiar. Nombre propuesto: ‘Monumento al valiente emigrante salvadoreño.’”
Orlando Álvarez, San Miguel.

“Nombre que sugiero ‘Monumento al guanaco digno y ferviente.’”
Carlos Aguilar, Canadá

“Mi propuesta para el nuevo nombre es: ‘Hermanos, volveremos’.”
Olinda Vásquez, Centreville, Virginia.

“Mi nombre propuesto es ‘Salvadoreños en el exterior: legionarios de la solidaridad’.”
José Antonio Ayala Molina, San Salvador.

Disponible en versión completa en <http://archive.laprensa.com.sv/20020807/dept15/dep15-23.asp>

La imagen de la patria y de los *nuevos héroes* se construye en una combinación de orgullo y vergüenza, en el *entre-medio*⁹ desde el encuentro entre diversidad de culturas. Por un lado la patria se añora, se construye desde la nostalgia, se vuelve folklore y patrimonios evidentes. La migración ha sido uno de los procesos que más ha obligado a los salvadoreños a mirarnos y preguntarnos quiénes somos, como ya lo ha señalado el antropólogo Carlos Lara (2005), al enfrentarse a otros grupos culturales configurados desde las narrativas del Estado-Nación, los salvadoreños se vuelven hacia su historia para tratar de hilvanar “quiénes constituyen este nosotros” que podemos contar frente a “estos otros”.

Lara identifica tres grandes grupos a los cuales el salvadoreño se enfrenta al construir su identidad: el anglosajón, particularmente el estadounidense, a quien el salvadoreño considera superior y admira. Ya he señalado esos primeros momentos en los que la nación se estaba configurando y se pide a Washington la anexión mientras se copia la estética de la bandera americana. La segunda otredad es quizá la más compleja, la más ambigua. El mexicano, de quien no sabe si es un igual o un superior. El salvadoreño buscará diferenciarse de manera evidente construyendo un discurso étnico, discriminativo, tajante, de odio performativo. Su expresión máxima se evidencia en los partidos de fútbol¹⁰ (ver recuadro 2). Un tercer grupo frente al cual el salvadoreño se construye es el centroamericano, con quien se sentirá más hermanado, desde la nostalgia y la memoria de la patria grande que fue la Federación.

⁹ Me refiero a la categoría *in-between* que Homi Bhabha utiliza asociándolo a posiciones mediadoras, intersticiales, el entre-medio de culturas diferentes (1990, n. de t.)

¹⁰ He intentado señalar cómo la construcción del mexicano como “el otro” es histórica y aparece con la Federación Centroamericana, con todo, la actitud que las autoridades mexicanas tienen hacia los migrantes y los abusos que los centroamericanos sufren al atravesar México por tierra han avivado las viejas rencillas.

Recuadro 2

El odio al nopal

*Domingo, 31 mayo 2009. La Prensa Gráfica
(Desde allá –México–) OPINIÓN
Orus Villacorta Periodista salvadoreño radicado en México*

No hay pinza que me arranque los recuerdos de mi infancia feliz y callejera. Recuerdo bien cómo “el Zurdo” Rosales me enseñó a tapar con el guante al sol en un “fly ball” escondido en aquel cielo del mini-estadio de béisbol de la colonia Zacamil. Recuerdo a mi papá enseñándome a bajar mangos sin que las pedradas cayeran en la casa del vecino. Recuerdo tantas cosas... Lo que no recuerdo bien es quién me enseñó a odiar a México en el fútbol. Alguien debió hacerlo con ahínco, porque lo hago muy bien. El asunto es: ¿quién?

Encontrar al porqué se me hace más sencillo. Sé que cuando un balón de fútbol empujado por once ratones verdes mete gol en estas dos pupilas brota el rencor de manera inconsciente. Habrá quizás razones que solo Freud me podría explicar y que se han ido acumulando hasta construir esta aversión pipil al nopal: podría ser la afirmación de Hugo Sánchez de que en Centroamérica jugábamos fútbol con pelota cuadrada; la joroba del “Cuauh” y su celebración plagiada a Kiko Narváez; el ninguneo eterno de los periodistas deportivos tricolores cuando se dan cuenta que al sur de Tapachula hay un mundo; y quizás hasta su ridículo “Chiquiti bum a la bim bom ba” tan distante, tan cursi.

Si odiar nacionalismos se me da tan fácil, ¿por qué no aferrarme al placer que me da odiar uno ajeno? Incluso el de este país en el que me encanta vivir. Complicado, ¿no? Me encanta vivir aquí y vivo odiándolo en el fútbol. Créanme, intentar explicárselo a mi suegro –de ancestros hidalguenses– en una cena familiar sin que parezca que estoy enjuiciando a Cantinflas es bastante lioso.

Le hablo siempre del martirio y la persecución que viven nuestros migrantes en su país. Pero seamos sinceros, el odio al nopal va más allá de eso. Algo tendrá que ver David apedreando a Goliat, el mundial del 70 y otros complejos irracionales que alguien nos contó.

Y entonces, un día a la Barra Azul se le ocurre insultar a los mexicanos al usar un “tapabocas” mientras suena el himno azteca –si es que no suena el de Zacatecas–. En México, lógico, esto no ha caído en gracia. En mí lo que no causó gracia es que los creadores de esta idea fueran tan pusilánimes de no llamar a las cosas por su nombre. Dijeron que era “meter presión” a lo que a todas luces es “un insulto simbólico”, pero insulto al fin. Si se odia, hay que saber odiar bien: con un poco de estilo y sí, con huevos también.

México tampoco será un querubín con los guanacos el próximo 10 de octubre. Que no se les olvide que un periódico chilango sacó a la venta “muñecos vudú” alusivos a los rivales del tricolor –para ser quemados y torturados– bajo el eslogan de “Libera tu estrés, no te claves y dale suerte al Tri”.

Este próximo 6 de junio le ofreceré al dios romano Fortuna un cambalache: dos goles de Cristian Castillo y triunfo azul a cambio de una deportación deshonrosa... Me la juego con todo y tapabocas, al fin y al cabo hay trenes.

Disponible en <http://www.laprensagrafica.com/revistas/septimo-sentido/36400-el-odio-al-nopal-por-orus-villacorta.html>

La columna de Orus Villacorta, periodista salvadoreño radicado en México, muestra las dos caras de la narrativa: el amor a la nación y al mismo tiempo la vergüenza. Si bien reconoce no poder adscribir en su narrativa un *nosotros* conjunto de mexicanos y salvadoreños, también llama a sus connacionales *pusilánimes* por no asumir sus propios juegos simbólicos. Esta narrativa de amor-odio también se

refleja en el recuadro 3, donde el narrador, un *reportero ciudadano*, desde una visión tradicional de cultura e identidad, alude al himno nacional y los símbolos como un elemento que reinventa su sentido al vivir en un territorio que no es “el propio”; vuelve a mostrar ese temor al pueblo que ya en otros momentos se ha señalado e ilustra de manera contundente la superioridad que los salvadoreños atribuyen a los estadounidenses.

Recuadro 3

¡Qué vergüenza es ser salvadoreño! Lo indecoroso de unos compatriotas afeó la imagen del país en el juego amistoso entre El Salvador y Guatemala en EUA

4 de junio de 2008
Marcos Zavala

El pasado 30 de mayo, sintiendo nostalgia por la tierra que me vio nacer, decidí ir a ver el partido amistoso entre Guatemala y El Salvador en el estadio Robert F. Kennedy de Washington, D.C. Cuando escuche las gloriosas notas de nuestro himno nacional, las emociones se apoderaron de mí, la piel se me erizó, mi corazón se sentía gozoso y hasta un par de lágrimas rodaron sobre mis (sic) mejías. Lindos recuerdos de la infancia me visitaron en la silla del estadio sobre la cual admiraba los colores de nuestra selección de fútbol. De repente, fue como que una nube negra cubriera el sol. Mi orgullo se tornó vergüenza y el gozo de mi corazón se convirtió en tristeza profunda.

Este cambio de emociones no fue provocado por ningún gol contra nuestra “selecta”, ya que el partido terminó empatado cero a cero; ni porque los muchachos de la selección nacional estuvieran jugando pobremente. Aunque los chapines demostraron un nivel más alto de fútbol, la selección nacional no dejó nada que desear ya que le regaló a la afición un juego lleno de suspenso y mucha garra. Lo que causó mi vergüenza y tristeza fue el vulgar comportamiento y falta de consideración hacia el prójimo de los fanáticos “salvatruchos” que llenaron las instalaciones del estadio. El vocabulario soez, la agresividad, y actos de evacuación fisiológica en público, dentro del estadio confirmaron la fama por la que los salvadoreños nos hemos dado a conocer alrededor del mundo.

Una fama que es basada en el vano orgullo por lo vulgar, lo soez, lo grotesco y lo repudiable. Antes yo pensaba que, ser centroamericano, era motivo de orgullo y que, ser salvadoreño, era un privilegio. Por primera vez en mi vida, puedo decir sin reservas que, ese día, me avergoncé de ser salvadoreño y que aún no logro recuperarme de tal vergüenza. Parece ser que El Salvador es un país sin cultura, sin principios morales ni sociales. Nuestra diáspora se ha encargado de demostrarlo alrededor del mundo pero, en particular, aquí en los Estados Unidos. Lo irónico es que somos los salvadoreños mismos los primeros en preguntar por qué los estadounidenses nos consideran seres indeseables en su sociedad. La respuesta es sencilla: somos un grupo de inmigrantes que privamos e interferimos con sus dignidades, honores, empleos, principios morales y privilegios que tienen como nación.

Disponible en: <http://www.laprensagrafica.net/reportero/nota.php?idcont=501>

No solo el discurso periodístico modifica y reinventa la imagen de nación a partir de las migraciones. La música también transita nuevas fronteras entre lo real y lo representado y es una crónica que, como sostiene Rossana Reguillo, logra incorporar las expresiones diferentes que la modernidad ilustrada ha negado en nuestros países (2000). Tal y como lo señala Benjamin en su “narrador” (1999), la música sobre migración que las y los salvadoreños han construido es una crónica colectiva. Lo

individual se pierde en lo comunitario, se rescata y se visibiliza la subjetividad desde la experiencia colectiva.

Tan importante se ha vuelto esta temática que uno de los grupos de corridos nortños más importantes en México, Los Tigres del Norte, ha popularizado temas que hablan exclusivamente de lo que sucede con la migración salvadoreña y centroamericana. El tema más famoso es “Tres veces mojado”, para muchas personas es ahora el segundo himno nacional del país y forma parte ya del conjunto de símbolos que representan la nación. En 1989 esta historia fue llevada al cine. La narración es la crónica de lo que sucede con un salvadoreño, conocido del famoso grupo musical, que decide emigrar a los Estados Unidos:

Quando me vine de mi tierra El Salvador
con intención de llegar a Estados Unidos
sabía que necesitaría más que valor
sabía que a lo mejor quedaba en el camino.
Son tres fronteras las que tuve que cruzar
por tres países anduve indocumentado
tres veces tuve yo la vida que arriesgar
por eso dicen que soy tres veces mojado.

El corrido recoge además los momentos críticos del camino, países que se cruzan, el desierto de Arizona. Y retoma las peripecias que muchos de los salvadoreños deben enfrentar. Un elemento que tiene mucha fuerza es la experiencia contradictoria que se vive en México, al saberse extranjero, en muchos momentos perseguido por la autoridades migratorias, y al mismo tiempo, la experiencia de ser ayudado por los locales. Otro corrido popularizado por Los Tigres del Norte es “El centroamericano”, en este se narra la experiencia de muchos salvadoreños que deben, en muchos momentos, negar su nacionalidad y hacerse pasar por mexicanos para no ser deportados hasta su tierra y poder cruzar nuevamente la frontera. La discusión sobre “negar la patria” que este corrido plantea, es una realidad que pesa simbólicamente en muchos de los migrantes.

Estas narrativas en donde la nación sigue siendo “el contenedor” desde el que se construye la identidad no han impedido que los salvadoreños en el exterior entren al acelerado proceso de *latinización* que George Yúdice (2002) y otros han estudiado con mayor detalle. Como ha señalado Miguel Huevo, los salvadoreños no son un grupo cerrado, no solo se relacionan con otros hispanos, trascienden estos grupos “hacia otras culturas estadounidenses, como los afroamericanos y asiático americanos, y hacia inmigrantes asiáticos o de Europa Oriental” (2009, 31).

La cultura Hip Hop salvadoreña también tiene una propuesta identitaria, que construye otro tipo de estética mucho más urbana y que recoge las reivindicaciones de los jóvenes, junto con su particular manera de hacer y vivir la política (Martel y

Marroquín, 2007). Por medio de programas en las radios juveniles, de encuentros y actividades en discotecas o en foros virtuales a través de Internet, muchos jóvenes intercambian música, videos y presentaciones. En este caso, tal y como Benjamín señalaba, el narrador toma lo que narra de la experiencia; la suya propia o la transmitida, la torna a su vez, en experiencias de aquellos que escuchan su historia (1999). Así como se encuentra una producción intensa de rap local, hay diversos grupos de salvadoreños que producen su música desde experiencias transnacionales. Salvadoreños que viven en Estados Unidos (Mr. Pelón 503, Joaquín Santos, Imperio, Reyes del Bajo Mundo) o salvadoreños que, sin vivir fuera, tienen una circulación más bien internacional (Pescozada, Real Academia). Las imágenes son híbridas, la nación está en los símbolos ya establecidos: el indio, la flor de izote, pero también en héroes de la izquierda como Farabundo, o en ese sentimiento de pertenencia a “lo latino” (ver recuadro 4).

Recuadro 4

Hip Hop

Hermano lejano	que ahora te encuentras	Este ritmo está
que estás en el norte	Sirviendo a los yanquis tu infierno	al lado de la gente
Centroamericano	comienza	Pase lo que pase
de la flor de izote	503. Mojado	siempre decimos presente
Escucha la voz	.	Seré salvadoreño
de tu patria bendita	...no te has dado cuenta	hasta la hora de mi muerte
sin esperar nada	de esta noticia	Esta es paz para mi gente
te apoya y te invita	he llegado a los Estados	Es mi sangre mi color
Exige justicia	y entré por la puerta grande	Mi bandera El Salvador
y muéstrale al mundo	pero ahora estoy mojado	Por supuesto
el poder cuscatleco	orgullo latino	Si nos alejamos
como un Farabundo	yo represento	y a la casa no llegamos
Buscando fronteras	sangre usuluteca	Es porque encontramos
te fuiste mojado	es mi tierra cuscatleca	un lugar para quedarnos
Llegando directo	y donde sea que me encuentre	Tomamos un autobús
a ser emigrado	muchos batos me respetan	este nos llevó muy lejos
Escúchame indio	por lo que digo	Tomamos precauciones
latino agotado	por lo que hablo por lo que soy	para dejarlos perplejos
Esclavo moderno	la gente se enciende	Tenemos muy presente
pobre y explotado	con cada canción	por lo qué muere la gente
Escúchame indio	Mr. Pelón 503. Put your hands up	Por odios y rencores
		que no surgen de repente
		Pescozada. De casa nos alejamos

Son los salvadoreños en el exterior quienes han re-significado acontecimientos, mitos y ritos fundacionales como la celebración de las fiestas patrias, las fiestas patronales (en particular “la bajada del Salvador del Mundo”). Son también los salvadoreños migrantes quienes, no solamente nos han enviado remesas económicas, dólares en efectivo, sino que han acelerado nuestra apropiación de las tecnologías de la comunicación y la información y han llevado a que en este país exista un promedio de 1.25 celulares por persona¹¹. Son los salvadoreños en el exterior quienes simbólicamente están cambiando nuestra manera de construir un espacio, las fachadas de nuestras casas, esas ventanas al territorio se encuentran cada vez más transformadas desde una arquitectura “tipo americana” mezclada, compleja, resignificada. Son también los migrantes quienes están transformando con más fuerza la lengua, el idioma que nos identifica, y nos están llevando hacia los territorios del spanglish (tan temido por algunos lingüistas y filólogos) y hacia la música norteña, el hip hop y expresiones culturales híbridas que nos dan nuevos rasgos de identidad, o mejor dicho, de identidades.

En las narrativas de migrantes hay un silencio que sobresale. En los últimos años los expertos hablan de una *feminización* de la migración que no necesariamente se ha reflejado en los relatos. En las narraciones, las mujeres aparecen como víctimas en el camino, como madres que se quedan, su personaje es más bien pasivo. Trabajos recientes como los del periódico digital El Faro¹² están por fin sacando del anonimato sus historias.

Con todo, los migrantes construyen la nación pero sus lazos (simbólicos y legales) son frágiles. Muchos salvadoreños ven en ellos a “la mala semilla”, los que han perdido ya su esencia. Si han tenido éxito, son los que traen el consumismo extremo y dejan a otros sin ganas de trabajar al enviar remesas que “acomodan” a los que se quedan. Los que han fracasado en el camino son vistos con recelo, con desconfianza, ser deportado es para muchos, sinónimo de pandillero. Tener un tatuaje es pertenecer a una mara.

El migrante además está excluido de una serie de derechos ciudadanos básicos. Si bien la constitución del país reconoce el derecho a la doble nacionalidad, no da a los residentes en el extranjero derecho al voto o a la representación política. La migración estalla las fronteras visibles de lo nacional aunque muchas narrativas se empeñen en continuar contando la nación e insistan en exigir un mejor trato para los emigrantes

¹¹ Solo para ofrecer un número curioso, la Superintendencia General de Electricidad y Telecomunicaciones registra 6,950,703 celulares, esto es más de un millón de celulares más que los habitantes registrados en el último censo (5,744,113).

¹² La sección *En el camino* (<http://www.elfaro.net/secciones/migracion/default.php>) y la propuesta de la documentalista Marcela Zamora que ahora filma a las mujeres centroamericanas en la zona de Arriaga.

salvadoreños, mientras callan frente a los abusos de poder que las leyes y autoridades del país cometen contra los inmigrantes. De esa *narrativa-otra* que desde la violencia nombra y construye víctimas y antihéroes me ocupo en el siguiente apartado.

4. Tercer motivo (el contratema): la nación herida. La violencia transnacional

*... Chambres con hambre historias peludas
lo que vengo a contar no te dejará con dudas
las balas perdidas aquí en mi colonia
están más de moda porque todos los cabrones
agarraron la moda ese es el problema
en este país con las leyes a favor
de toda la corrupción que rodea a todo El Salvador
nadie quiere arreglar esta delincuencia
cada fin de semana encuentran la cabeza
en una banca o a la salida de una iglesia
a saber qué piensan los gobernantes de esta nación
en vez de pensar en esta situación cazan millones en la globalización*

Chambres con hambre (hip hop). Jefes de la Nación

En diciembre de 2008 el periódico canadiense Toronto Star publicó un listado de los diez peores países en el mundo para vivir. La lista no tiene un orden y más bien señaló países que ocupaban el primer lugar en distintos ranking de problemas: contaminación, corrupción, brecha entre géneros. El Salvador ocupaba uno de los diez sitios: "América Latina tiene una de las mayores tasas de homicidio del mundo para adultos jóvenes, 15-24. Pero El Salvador encabeza la lista de los lugares más peligrosos del mundo para los jóvenes y tiene una de las mayores tasas de homicidio para personas de todas las edades, según la Red de Información Tecnológica Latinoamericana." (Dada, El Faro, 6 de enero de 2009).

Las narrativas también han construido El Salvador como una nación violenta. Esto se ha discutido desde muchos espacios. Era el año de 1768 cuando Pedro Cortez y Larraz, arzobispo de la diócesis de Goathemala, anotó en su diario de viaje la sorpresa que acababa de experimentar. Al salir de la iglesia se encontró con un grupo de parroquianos inmóviles frente a un hombre herido que agonizaba. No le brindaron socorro, incluso estuvieron a punto de dejarlo morir ahí, sin hacer mayor cosa, pues, anotó Cortez y Larraz, "habitados a ver heridos con tanta frecuencia, no les hace éste ninguna novedad. Muchos hay que no forman los monstruos, pero apenas se encontrará quién se espante de ellos". La sorpresa ante la pasiva frialdad

quedó consignada en el retrato que el obispo realizó sobre los habitantes de la región en su “Descripción geográfico-moral de la diócesis de Goathemala” (2000).

Ya en la segunda mitad del siglo XX el poeta Roque Dalton habló de los salvadoreños como “los primeros en sacar el cuchillo”. Esta narrativa de miedo y violencia continúa hasta hoy. El 23 de febrero de 2003, un matutino de El Salvador publicó el especial “Vidas interrumpidas. Seguridad mutilada”, en el cual los periodistas se ocuparon de una serie de nuevos sucesos que –según se documentó– esta vez sí espantaron a la población. Apariciones de víctimas mutiladas, desmembradas y abandonadas en zonas públicas, sacudieron los temores más profundos de una sociedad configurada por autoritarismos y represiones. El periódico, en su afán informativo, publicó un largo análisis sobre el tema. En él se incluyó el relato de una joven mujer que padecía de “una nueva rutina: psicosis”, la joven relata sus constantes pesadillas donde muere decapitada a manos de pandilleros.

El fenómeno que se incrementa en los últimos años, es categorizado por los expertos como *violencia social* (Lungu y Martel, 2007, 256; Cruz y González, 2002). Estas violencias están configurando una nueva forma de ser en el espacio público y conlleva otros ejercicios de ciudadanía. No es posible entender las transformaciones sociales que se viven en la región sin pensar en estos nuevos procesos de violencia, criminalidad y victimización que, paradójicamente, se han acrecentado en una época que inicia con el cese de los conflictos armados. Esta violencia, como sucede con las migraciones, estalla la categoría de nación y la interpela. ¿A qué nación pertenecen estos hombres y mujeres que han construido su vida desde la exclusión? Wim Savenije y Katherine Andrade son dos de los estudiosos que más han reflexionado al respecto (Savenije y Andrade, 2003; Savenije, 2009). Ellos insistirán en que no es posible comprender el fenómeno de la violencia sin ir a su origen: los permanentes fenómenos de exclusión desde donde las élites pensaron el proyecto de nación y que ha llevado a muchos a vivir “en la orilla”.

En el caso de El Salvador las nuevas formas caóticas de violencia se sitúan sobre todo en territorios urbanos y se expresan en diversos ámbitos, contra las mujeres, intrafamiliar, vinculada al crimen organizado, entre otras.

En términos políticos y culturales, una de las consecuencias más visibles de estas formas de violencia es el progresivo deterioro del espacio público. Las amenazas se viven desde el plano individual, y de esa manera son construidas también las respuestas. Lo colectivo, lo público convoca cada vez menos. Para efectos analíticos distingo tres ámbitos desde los cuales se manifiesta la violencia en la región.

La primera manifestación es la que los expertos denominan *la criminalidad común*. El incremento de robos, asaltos, tráfico de vehículos y otras formas de delincuencia que tienen un cierto nivel de expresión organizada. Un segundo fenómeno diferenciado y con sus propias características es *la criminalidad de las pandillas*. Y, finalmente, un tercer ámbito tiene que ver con el *crimen organizado* y la configuración de una

economía criminal que involucra la participación de estructuras de poder, y se maneja desde una lógica tremendamente lucrativa.

La criminalidad común muestra su complejidad cuando se considera la cantidad de asesinatos de mujeres. En su informe, Amnistía Internacional señala que en El Salvador, para 2007, un total de 286 mujeres habían sido asesinadas entre enero y agosto. Mientras el informe señala que este es “un patrón recurrente de homicidios de mujeres en Colombia, El Salvador, Honduras y México” (2007, pág. 38), y que no ha sido atendido de manera adecuada por las autoridades respectivas, los colectivos de mujeres hablan ya de feminicidio y comparan estas realidades con lo sucedido en Ciudad Juárez.

La segunda dimensión en que se manifiesta la violencia social se refiere a las acciones criminales vinculadas a pandillas. El fenómeno de las pandillas tal y como existe en la actualidad se configuró durante los años de 1990. Después de un período de acomodo, son dos las pandillas que adquirieron “fama” y presencia mediática en el discurso de nuestros países: la *MS-13*, también conocida como *Mara Salvatrucha*, y la *Pandilla 18*. El investigador Miguel Cruz explica cómo “lo que en todos los países comenzó como un típico problema urbano, de jóvenes que se reúnen para alterar el orden público (...) fue convirtiéndose en enmarañadas y federativas redes de afiliación, solidaridad ligera y violencia sistemática. El primer país en dar la voz de alarma fue El Salvador” (ERIC, IDESO y otros, 2004, 279).

Poco a poco las pandillas se configuraron con características peculiares: transculturización de normas, valores y formas de vida originarios de EE.UU.; conformación de grupos que sobrepasan las fronteras del territorio, pero que mantienen la estructura a través de las llamadas “clicas” que en cada colonia, en cada barrio, reproducen los códigos y las normas de la pandilla; el uso de la violencia como forma de defensa y como autoafirmación de la identidad y de los códigos disciplinarios; las actividades de orden delincencial; la creación de sistemas culturales propios que tienden a expresarse en las formas de vestir, de usar y mostrar su cuerpo; un alto nivel de identidad, solidaridad y compromiso entre los miembros (Cruz y Portillo, 1998, 20; Martel, 2006).

Las pandillas han establecido, en algunos casos, vínculos con grupos de crimen organizado, al ser replegadas a la clandestinidad por aplicación de políticas gubernamentales de carácter reactivo como las famosas *Mano dura* y *Súper mano dura* implementadas durante los gobiernos de Arena.

Sobre el tercer ámbito, el crimen organizado se caracteriza por su vinculación con estructuras de poder. Tiene una motivación de lucro, se maneja casi como una empresa, de beneficio directo para quienes participan o para otros.

En El Salvador, el discurso oficial insistió en que el narcotráfico no se encontraba instalado de la misma manera que en Guatemala, México y Colombia. Sin embargo, la

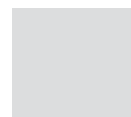
sospecha que ese orden estaba establecido se convirtió en certeza en distintos sectores cuando el lunes 19 febrero de 2007, tres diputados salvadoreños¹³ del Parlamento Centroamericano fueron asesinados en una finca situada en la carretera que conduce de El Salvador a Guatemala. Si bien en las primeras horas el gobierno salvadoreño intentó hacer circular la versión de un crimen político, esta hipótesis se desmoronó cuando la investigación del gobierno de Guatemala presentó a los responsables del suceso: policías guatemaltecos con aparentes vínculos con el narcotráfico, que a su vez, fueron asesinados una semana después por un convoy armado que ingresó a una cárcel de máxima seguridad donde se encontraban detenidos.

Para analizar estas manifestaciones de violencias vinculadas a crimen organizado la categoría de *ilegalidad* resulta insuficiente. Estas manifestaciones generan “sus propios códigos, normas y rituales que al ignorar olímpicamente a las instituciones y al contrato social, se constituye paradójicamente en un desafío mayor que la ilegalidad” (Reguillo, 2007) es por ello que se propone analizar estos fenómenos desde la categoría de *paralegalidad*. Para entender esta zona fronteriza, Reguillo sugiere retomar dos analizadores clave. Por un lado, estas prácticas implican el aumento de la *violencia expresiva* (simbólica) en detrimento de la violencia utilitaria (con un fin); por el otro, el *control absoluto* de los líderes de grupos criminales, que incluso desde las cárceles dirigen sus operaciones y afectan la vida de las localidades.

No solo se deteriora el espacio público en sus dimensiones políticas, también lo hace en las dimensiones físicas. Espacios propios para la convivencia, que fueron claves para la consolidación de identidades políticas y urbanas en épocas anteriores (como el histórico papel de las plazas públicas) son abandonados y reemplazados por espacios privados.

Los discursos sobre la inseguridad en el país han llevado al ejercicio de unas *ciudadanías del miedo* (Rotker, 2000). La forma de participación que propone el Estado es que el ciudadano se convierta en informante. De esta manera se aumenta la desconfianza hacia el otro. Se deterioran aún más las ya frágiles redes sociales pues las personas se perciben como *víctimas en potencia* de esa inseguridad descontrolada. Para conseguir seguridad los individuos están dispuestos a renunciar a varios de sus derechos. En El Salvador, 49% de las personas no están convencidas que la democracia sea la mejor forma de gobierno y ocho de cada diez salvadoreños señalan que es imposible confiar en los otros (Latinobarómetro, 2006). Los mecanismos con los que esta percepción se instaura han sido señalados ya por varias investigaciones.

¹³ Los tres diputados pertenecían al partido de gobierno (ARENA).



El discurso oficial de las instituciones, las narrativas construidas y re-producidas por los medios de comunicación han contribuido a ello (Rotker, 2000; Vasilachis, 2004; Martel, 2006).

El discurso de seguridad genera procesos de criminalización basados en una retórica de construcción del enemigo. Los niveles de desconfianza aumentan, no solo hacia las instituciones, sino entre la población. Hay rostros específicos que generan desconfianza: hombres jóvenes, rapados o tatuados son el estereotipo del criminal. Migrantes deportados, ex pandilleros, indígenas, pobres son estigmatizados.

El discurso mediático hace eco de la violencia y ha buscado reflexionar sobre la mejor manera de contribuir a una cobertura analítica, el acuerdo firmado por catorce medios para llevar a cabo cierto tipo de coberturas sobre seguridad y el Manual de Estilo elaborado por el matutino La Prensa Gráfica ha generado una reflexión sobre la manera como los medios construyen el problema de la violencia en una nación que parece marcar su identidad desde estas prácticas.

Los artistas también han aportado estéticas y narrativas para nombrar y visibilizar, para construir procesos de extrañamiento en aquello que se vuelve tan cotidiano que “ya no espanta”, como cronicaba el obispo hace ya tres siglos. Destaco por ahora la experiencia individual llevada a cabo por la pintora, Mayra Barraza, que en su blog “Cien días en la república de la muerte” recoge mucho de este tema. Durante cien días, la autora decide tomar las noticias sobre violencia, comentarlas y mostrar las víctimas y sus victimarios de otra manera. Posteriormente, una exposición artística recogerá su reflexión sobre esta experiencia. Sus ejercicios provocan una interesante reacción que puede ser seguida desde el sitio (ver recuadro 5).

Recuadro 5

Mayra Barraza: cien días en la república de la muerte.
Día 95



1. “un joven murió a raíz de una paliza que le habrían propinado... **Óscar César Vanegas Amaya**, de 22 años, supuesta víctima, quien pasó 20 días en estado de coma... luego murió al mediodía del domingo... Al ser intervenido, los médicos diagnosticaron a Vanegas, fracturas en las costillas y daños en el intestino, hígado y pulmones...”
2. “Ultiman a un indigente de varios impactos de bala... **un cadáver** no identificado. La víctima, del sexo masculino y de unos 35 años...”
3. “Doce homicidios en las últimas 24 horas... Entre las víctimas mortales se encuentran los comerciantes **Silvia Mercedes Willier**, de 40 años, y **Héctor Mejía**, de 43, quienes fueron atacados anoche... Asimismo... fue asesinada **Marta Cortez**, de 60 años, cuyo cadáver fue encontrado en su vivienda. Presentaba siete disparos. Anoche **un hombre** murió en la Cruz Roja, luego de ser atacado. Una mujer fue asesinada... cuando se dedicaba a vender fruta frente a su vivienda. La víctima fue identificada como **Yolanda Janeth Rivera**, de 34 años. Además ayer por la madrugada desconocidos dieron muerte a **Óscar Rolando Roque**, de 23 años... fue asesinado con arma blanca **Luis Castillo Ruiz**, de 37 años de edad... las autoridades reportaron el crimen de **Manuel Chinchilla**... Mientras que en... fueron acribillados **Arturo Armando Campos Figueroa**, de 29 años. Campos recibió un disparo en la cabeza... En la zona oriental tres hombres fueron asesinados. Las víctimas fueron identificadas como **Santos Elías Portillo**, de 30 años; **Abelardo Estarqui Batres**, de 22, y **Efraín Reyes**, de 30 años...”

Disponible en: <http://www.republicadelamuerte.blogspot.com/>

La imagen de Mayra Barraza me parece significativa de lo que he intentado colocar: la narrativa que nos cuenta de una nación que es *la república de la muerte*. Se constata una vez más que se ha construido una estética de la violencia que identifica a esta con la de los jóvenes pandilleros y se olvida de la violencia que implican otros grupos sociales, como el narcotráfico, que trabajan y se infiltran en la sociedad de una manera más sutil.

Uno de los líderes salvadoreños de la Pandilla 18, Carlos Ernesto Mojica, conocido como *El viejo Lin*, declaró en 2005 ante los medios: “Hemos sido y seguimos siendo utilizados, estamos siendo descartados por un sector del gobierno, digamos el partido en el poder, estamos siendo descartados, perseguidos al estilo de Adolfo Hitler. ¿Usted conoce la historia de don Adolfo Hitler? La persecución de los judíos, ésta es una categoría definida, *exactamente cabal*, ¿me entiende? Lo vivieron también los negros en Estados Unidos de América. Cómo se nos persigue, se nos acorrala, se nos saca de nuestras casas enfrente de nuestras madres y todavía lo están haciendo ante la vista, los ojos de 6 millones y algo de salvadoreños, ¡qué bárbaros, eso es autoritarismo! Violentan flagrantemente artículos de la Constitución, principios de igualdad, de humanidad, etc., pues, principio de inocencia, va” (La Prensa Gráfica, 23 de mayo de 2005).

Esta melodía ronca constituye un motivo visible, pero al mismo tiempo invisibilizado. Una nación que expulsa. La esperanza que queda es que esta nación tan vaciada de sentido, tan quebrada de todas sus fronteras, las reales y las simbólicas, deja una gran libertad para reinventarse. De esas posibilidades me ocupo en el siguiente apartado. Ya es el momento de dejar la melodía principal de esta fuga y pasar al episodio, esa sección libre que nace de los temas y los contratemas.

5. Episodio: El retorno de la política: Perder el miedo al diablo

En toda época ha de intentarse arrancar la tradición al respectivo conformismo que está a punto de subyugarla, es el don de encender en el pasado la chispa de esperanza.

Walter Benjamin

¿Qué puede hacer una nación con discursos tan frágiles? ¿Una nación que más que occidental ha sido accidental en su proceso de construcción narrativa? Tiene la posibilidad de la risa. Esa risa que incomodaba al anciano Jorge en *El nombre de la rosa*, cuando afirmaba que “la risa libera al aldeano del miedo al diablo, porque en la fiesta de los tontos también el diablo parece pobre y tonto, y, por tanto, controlable” (Eco, 1988, 446).

El poeta Roque Dalton volvió popular el discurso de la irreverencia: “país mío, no existes” dirá en su *Poema del gran despecho* “eres sólo eres una mala silueta mía una palabra que le creí al enemigo. Antes creía que solamente eras muy chico que no alcanzabas a tener de una vez Norte y Sur pero ahora sé que no existes y que además parece que nadie te necesita”. Antes incluso que el poeta fue una mujer, salvadoreña, indígena, quien se rió de la seriedad del discurso de la patria.

Poco se sabe de la vida de Prudencia Ayala, ni siquiera la fecha exacta de su nacimiento. Se cree que fue por 1890. Que tuvo poca educación y que fue autodidacta. Que bajo el seudónimo de “Esperanza de la Espiga”, escribió y publicó en el Diario de Occidente los libros “Inmortal, Amores de Loca”, en 1925 y “Payaso Literario en Combate” en 1928. Esta salvadoreña decidió reírse del discurso nacionalista del momento en dos actos preformativos que hasta hoy la mantienen como una de las protagonistas de la historia nacional. Para evidenciar la prohibición a que las mujeres votaran, lanzó, en 1930, su candidatura a la presidencia de la república por el partido Unionista. Su plataforma estaba orientada básicamente a defender los derechos de la mujer e incluía aspectos como el apoyo a los sindicatos, la honradez en la administración pública, la limitación de la distribución y consumo del aguardiente, el respeto por la libertad de cultos y el reconocimiento de los hijos ilegítimos. Para evidenciar que las mujeres podían ser ciudadanas pensantes, decidió que ella usaría bastón, como los hombres, “no todos los hombres titulados llevan bastón. Yo lo llevaré como insignia de valor en el combate contra los ingratos que adversan mi amor, mi ideal, la vida que llevo”. Fue tachada de bruja, de loca, de inmoral; fue encarcelada y vuelta a sacar. Famosa por su sabiduría y don de predecir el futuro, la llamaron la sibila santaneca, haciendo alusión a su municipio de origen.

Perder el miedo. Barthes señaló ese ejercicio intelectual de “hacer trampas” como “el esplendor de una revolución permanente” (2000, 121-122) que nos permite por un momento salir, tomar distancia y revisar las figuras de autoridad establecidas.

Estas estrategias de sátira, ironía y humor se encuentran también presentes en la sociedad salvadoreña actual y pueden mostrar, de nuevo, cómo una sociedad construye estrategias para tomar distancia del discurso establecido que legitima ciertas figuras de autoridad. En el caso de un país como El Salvador y una región como Centroamérica la figura del policía, del hombre armado que tiene toda la ley de su parte, ha sido una de las figuras más consistentes de autoridad. En un país donde las dictaduras militares y la Policía de Hacienda fueron conocidas por el uso (y abuso) de la fuerza, su control ha estado vinculado al miedo, al temor que inspiran.

Si se sigue el discurso y la narrativa oficial esto tenía lógica. Si se piensa desde las tecnologías de control y del miedo que se han ejercido no hay fisuras. La historia oficial y su reflejo más genuino, los grandes medios de comunicación han contado que “el comunismo es el diablo”. La seriesísima, legítima y heroica historia de El

Salvador nos ha dicho que “El Salvador será la tumba donde los rojos terminarán” y que decir “Patria sí” es también decir “comunismo no”.

Más allá de aquellos discursos ingenuos que transitaron en algún momento y que no implicaban ninguna transgresión; en la campaña electoral de 2009, un país abrumado por la seriedad del desempleo y la pobreza empezó a circular un discurso irónico, transgresor que circuló por Internet, se filtró en los mensajes de teléfonos celulares (nuevas formas de circulación), pero también se murmuró bajito en las conversaciones y se gritó en las calles: “patria sí, con los mismos no”.

Frente al discurso serio, legítimo y religioso de “cristianos cien por ciento libres con Jesucristo: votan con sabiduría”, apareció el discurso transgresor, cómico, irónico que terminaba con el plano de lo espiritual, elevado, ideal, abstracto para hacerlo entrar a la vida cotidiana, íntima, llena de olores y sonidos: una pancarta publicitaria que se multiplicó por la ciudad y que hacía referencia a la serie de los Simpson, pero atacando al candidato de la derecha, el ex director de la Policía Nacional Civil. Por primera vez en varios años, la campaña política se llenó de risa. Y fue una risa que hacía referencia explícita a uno de los programas de televisión que mayores niveles de censura ha implicado por lo que para muchos es “la vulgaridad” de sus construcciones. El discurso televisivo es ya de por sí todo menos serio, académico, con peso. Es más bien leve, rápido, light como señala Omar Rincón (2006).



Y sin embargo es este el discurso que aparece y se posiciona con fuerza. Rompe con el discurso de la seriedad, irrumpe con la estética y el humor popular y libera del miedo. Muchos analistas y editorialistas alzaron sus voces pidiendo al pueblo “cordura”, apelando a la ley natural que había señalado y clasificado este país como “conservador”, y sin embargo es la risa la que nos recuerda que toda clasificación es una opresión. El poder de los blogs ante los intentos desesperados de control (muchos fueron denunciados como pornográficos o violentos desde el anonimato de este medio) que resurgían en nuevas direcciones y circulaban información, chistes,

videos fueron parte de ese proceso que, desde la risa, quebró el miedo y construyó un camino no previsto por el proyecto hegemónico.

6. El acorde final

¿Qué nos dice entonces esta nación centroamericana? Mientras escribo esto el estrenado canciller hondureño del gobierno de facto ha señalado, refiriéndose a Barack Obama, presidente de los Estados Unidos, que “es un negrito que no sabe nada de nada”, y ha añadido que “nosotros somos los que conocemos dónde está Washington y somos los obligados como país pequeño, un pigmeo democrático, a aclararles las concepciones y a leerle, tal vez en su idioma, lo que está pasando” (Europa Press, 6 de julio de 2009). Qué mejor ejemplo de lo que el investigador salvadoreño Ricardo Roque ha llamado la retórica del resentimiento en la que quedan atrapados muchos estados nacionales periféricos. Lo que se juega en esa concepción de nación pasa por el ámbito político. Anderson ha señalado ya la lógica de la serialidad e insistido en que lo que se juega en el discurso del nacionalismo, sobre todo para estas naciones es desde dónde se negocia la inserción de lo local en lo transnacional, y esto es también lo que se encuentra en muchos discursos neoconservadores. Son las voces de los débiles que se quejan del poder del fuerte, pero que en el fondo lo admiran.

Mientras, en algunos espacios de la academia centroamericana, se sigue reduciendo la comunicación y la tecnología al ámbito de lo instrumental sin entender que es desde estas narrativas complejas, contradictorias se construyen estos sentidos nuevos, y nuevas narrativas continúan armándose.

En El Salvador y en Centroamérica el retorno de la política se juega en la recuperación de ese entramado denso que son las narrativas y las nuevas redes que desde ahí construyen, cuentan y cantan lo que cabe, lo que se silencia. Vuelvo aquí a una reflexión que Jesús Martín señaló hace algunos años y que me sigue resultando fundamental en nuestros países: “Más que a la posmoderna muerte de los grandes relatos, a lo que la nueva condición del saber social y de la tarea del intelectual remiten es al fin de los relatos heroicos y su sustitución por relatos irónicos, en los que se conjugue la reflexividad epistemológica con la imaginación ética y ambas con el espíritu de juego que relativiza nuestras seguridades” (Martín Barbero, 2001). Se trata, pues, de pensar el país, estallar los miedos, visibilizar las múltiples narrativas de esta nación en fuga.

Bibliografía

- ACUÑA, V. (1992-1993). Artesanos, Obreros y Nación en Centroamérica en el Período Liberal (1870-1930). *Revista de Historia*. 2 IHNCA-UCA, Managua.
- BARTHES, R. (2000). *El placer del texto y la lección inaugural*. (14ª ed.). México D.F.: Siglo XXI
- BENJAMIN, W. (1999). *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. (2ª ed.). El Narrador (1936). Madrid: Taurus.
- BHABHA, H. (1990). Narrando la nación. En Álvaro Fernández Bravo (comp.). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad desde Herder a Homi Bhabha*. (2000). Buenos Aires: Manantial. Págs. 211-219.
- CÁCERES, F. *De hermano lejano a bienvenido a casa*. Periódico El Faro. Octubre de 2003. Disponible en: <http://www.skyscrapercity.com/showthread.php?t=603984>
- CHING, E; Lindo, H. y Lara, R. (1932) Remembering a massacre in El Salvador : the Insurrection of 1932, Roque Dalton, and the politics of historical memory. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- CORTEZ Y LARRAZ, P. (2000). *Descripción geográfico – moral de la diócesis de Goathemala (Parroquias correspondientes al actual territorio salvadoreño)*. (3ª ed.). San Salvador: CONCULTURA.
- CRUZ M., Y GONZÁLEZ, L. (2002). La magnitud de la violencia. En Luis González y Rodolfo Cardenal (Comps.) *El Salvador: la transición y sus problemas*. San Salvador: UCA Editores. Págs. 208-225.
- CRUZ, M. Y PORTILLO, N. (1998). *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador. Más allá de la vida loca*. San Salvador: UCA Editores / Hommies Unidos / Rāda Barnen / Save the Children.
- DADA, C. Canadienses ponen a El Salvador entre los diez peores lugares de el mundo. *El Faro*. 6 de enero de 2009. Disponible en: http://www.elfaro.net/secciones/Noticias/20090105/noticias1_20090105.asp
- ECO, U. (1988). *El nombre de la rosa*. Barcelona: Lumen
- Equipo Vértice. *Vidas interrumpidas. Seguridad mutilada*. El Diario de hoy. 23 de febrero de 2003. Disponible en: <http://www.elsalvador.com/vertice/2003/230203/deportada.html#nota5>
- ERIC / IDESO / IDIES / IUDOP. (2004a) *Maras y pandillas en Centroamérica. Pandillas y Capital Social*. Volumen II. San Salvador, El Salvador: UCA Editores.
- HERDER, J. (1791). Genio Nacional y medio ambiente. En Álvaro Fernández Bravo (comp.). *La invención de la nación. Lecturas de la identidad desde Herder a Homi Bhabha*. (2000). Buenos Aires: Manantial. Págs. 27-52
- HUEZO MIXCO, M. (2007). *Migraciones, cultura y ciudadanía en El Salvador. Cuadernos sobre desarrollo humano*. San Salvador: PNUD.

- HUEZO MIXCO, M. (2009). *Un pie aquí y el otro allá. Los migrantes y la crisis de la identidad salvadoreña*. San Salvador: Centro Cultural España.
- JIMÉNEZ, A. (2008). *El imposible país de los filósofos*. San José: UCR
- LARA-MARTÍNEZ, C. (mayo-junio 2005) La dinámica de las identidades en El Salvador. *ECA Estudios Centroamericanos*, San Salvador, (679-680), pp. 437-450.
- Latinobarómetro, (2006). *Informe latinobarómetro 2006*. Santiago de Chile: Corporación Latinobarómetro.
- LÓPEZ BERNAL, C. (2007). *Tradiciones inventadas y discursos nacionalistas: el imaginario nacional de la época liberal en El Salvador, 1876-1932*. San Salvador: Editorial Universitaria.
- LUNGO, M. y Martel, R. (2007). Ciudadanía social y violencia en las ciudades centroamericanas. En Marc Zimmerman y Gabriela Baeza Ventura (coords.). *Estudios culturales centroamericanos en el nuevo milenio*. Houston: LACASA Publications. Págs. 256-282.
- MARROQUÍN, Alejandro. (1964). *Apreciación sociológica de la independencia salvadoreña*. (2ª ed., 2000). San Salvador: Concultura.
- MARROQUÍN, Alejandro. (1975). El problema indígena en El Salvador. En *América indígena*. (Vol. 35) N° 4.
- MARTEL, R. (2006). Las maras salvadoreñas: nuevas formas de espanto y de control social. En *ECA. Estudios Centroamericanos*. San Salvador. (696). Págs 957-980.
- MARTEL, R. y Marroquín, A. (2007) Crónica de fronteras: la música popular y la identidad salvadoreña migrante. *Revista Istmo*. Revista Virtual de Estudios Culturales y Centroamericanos. (14). Enero – junio de 2007. Centroamérica y los relatos de viaje. Disponible en: <http://www.denison.edu/collaborations/istmo/articulos/cronica.html>
- MARTÍN BARBERO, Jesús (2001). "Deconstrucción de la crítica: nuevos itinerarios de la investigación. En María Immacolata Vasallo y Raúl Fuentes (comps.). *Comunicación. Campo y objeto de estudio*. Guadalajara: ITESO. Págs. 15-42
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2005). *Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador 2005. Una mirada al nuevo nosotros. El impacto de las migraciones*. PNUD: San Salvador.
- REGUILLO, R. (2000a). *Textos fronterizos. La crónica, una escritura a la intemperie*. Diálogos de la Comunicación. N° 58.
- REGUILLO, R. (2007) "La invisibilidad resguardada: Violencia (s) y gestión de la paralegalidad en la era del colapso", en prensa. Ponencia presentada en el Seminario: Citizenship, Securitization and Vernacular Violence. SSRC. Estambul, enero 2007.
- RINCÓN, O. (2006). *Narrativas mediáticas. O cómo se cuenta la sociedad del entretenimiento*. Barcelona: Gedisa.
- ROTKER, Susana Ed.(2000) *Ciudadanías del miedo*. Caracas: Nueva Sociedad.

SANDVED, K. y otros (1962). *El mundo de la música*. Madrid: Espasa – Calpe.

SAVENIJE, W. (2009). *Maras y barras. Pandillas y violencia juvenil en los barrios marginales de Centroamérica*. San Salvador: Flacso.

SAVENIJE, W. y Andrade, K. (2003). *Conviviendo en la orilla. Exclusión social y violencia en el área metropolitana de San Salvador*. San Salvador: Flacso.

VASILACHIS DE GIALDINO, I. (2004). *El lenguaje de la violencia en los medios de comunicación. Las otras formas de ser de la violencia y la prensa escrita*. En: *Aportes para la convivencia y la seguridad ciudadana*. San Salvador: PNUD, págs. 107-161.

YÚDICE, G. (2002). *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa.